

Eminente en persona y estatura  
Está don Luis de Córdoba mostrando,  
En su grave ademán, talle y postura,  
La calidad antigua de su bando;  
Y Tiberio Brancazo, que es figura  
Del que mas punto y ser adquirió obrando,  
Pues en cosas de honor su voto solo  
Se tiene por oráculo de Apolo.

Don Diego Lopez de Mendoza, hermano  
De aquel del Infantazgo duque egregio,  
Estaba con las armas en la mano  
Refrendando su antiguo privilegio;  
Y don Pedro Velazquez, noble hispano,  
De prudencia y bondad limpio colegio,  
A la fama haciendo estaba cargo  
Para que hable del por tiempo largo.

Menospreciando el tiempo y la fortuna  
Con ánimo quieto y poderoso,  
A punto de lidiar se ve el de Luna,  
Del señor de Cedillo hijo honroso;  
Joven que comenzó desde la cuna  
A ser modesto, sabio y generoso:  
Del gran don Pero Ponce es heredero,  
Del conde don Juan Ponce hijo primero.

Tres rayos de la guerra belicanos,  
Tres nortes de la gala y gentileza,  
Tres caballeros, digo, en todo hermanos,  
Honor de la milicia y la braveza,  
No menos vienen fuertes que lozanos,  
Francisco y Juan, crisoles de nobleza,  
Don Agustín magnánimo y sencillo,  
Del nombre de Mejía y de Carrillo.

Entre estos, de valor mas que ordinario  
Para las armas, bélico ejercicio,  
Es de la armada general vicario  
Don Jerónimo, antidoto del vicio:  
Manrique es su renombre extraordinario;  
Lleva de Inquisidor el santo oficio,  
Por bondad, por virtud y suficiencia,  
Por calidad, por letras y conciencia.

En estos personajes consistía  
La armada, y otros que nombrar debiera  
Si, como la verdad de parte mia  
Está, el ser importuno no temiera;  
Y mas, que Ali-Baja me impediria  
Cualquier tardanza con su fuerza fiera,  
Porque se acerca en armas tan potente  
Que está de dilaciones impaciente.

Viene en forma de luna medio llena  
Su armada, largo espacio el mar cubriendo,  
De la cual el siniestro cuerno ordena  
Luchali, calabrés, cruel y horrendo,  
Vecino de la patria á quien condena  
De los doce el discípulo estupendo,  
Que se perdió tratando en mercancía  
Que mas que cielo y ángeles valia.

Su hijo Carabey sigue al cosario,  
Retrato suyo en la perfidia y maña,  
Con otros dos de esfuerzo extraordinario;  
De Caramustafa, dañoso á España,  
Cauracial, intrépido adversario,  
A los demás anima y acompaña;  
Caurali, Caraperi y Tramuntana,  
Dramustais, Bardagan y Alfermidana.

El cuerno diestro dado á cargo estaba  
A Siroco, el cosario belicoso;  
Mahumet cerca deste se hallaba  
En bajel de fanal grande y hermoso;  
Asiscaya y Ustref, de fuerza brava;  
Osman y Califer, supersticioso  
Y en vano sacerdote y agorero,  
No tanto como Xiloes verdadero.

El cuerpo de batalla está al gobierno  
De Ali-Baja, caudillo memorable,  
Que era del gran Selim preciado yerno,  
En guerra y paz de término loable;

\* En la edición de Toledo, de 1585, falta esta octava.

Venia en bajel hecho á lo moderno,  
De madera y beldad tan admirable,  
Que nunca el ancho mar ha sostenido  
Otro mas acabado ni lucido.

Traia enarbolado aquel persiano  
Estandarte al Sofi ganado en guerra,  
Por el primer Selim, fiero otomano,  
Cuando lo destruyó en su propia tierra,  
Para mostrar que no hay poder humano  
Que vencido no entienda, en fin, que yerro:  
Si al imperio se opone belicoso  
Que enemigo venció tan poderoso,

Por esta causa á las batallas fieras  
Los turcos, como cosa consagrada,  
Llevaban sobre todas sus banderas  
Esta seña tendida y levantada;  
Siete ruedas á un lado como esferas  
Tiene, y al otro cuatro, y estampada  
Una proposición grave y devota  
De arábigo lenguaje, extraña nota.

Estaban á estas cosas añadidas,  
Como blason de turcos verdadero,  
Unas lunas mediantes y crecidas,  
Y la carta que enseña al marinero,  
Con letras que decían, construidas:  
«Yo solo soy señor del mundo entero.»  
Tal era de los scitas la arrogancia,  
Y tal de sus victorias la jactancia.

A la real turquesca acompañaba  
Número de bajetes infinito;  
Partan-Baja una escuadra acaudillaba,  
En las guerras de Hungría turco invito;  
Celebi el tesoro cerca estaba,  
Raro en entendimiento y exquisito;  
Amad-Agá por orden le seguía,  
Gobernador de Tripol de Suria.

Asis lo es de Galipoli, y se atrevo  
En voz soberbia á pregonar diciendo:  
«A mi derecho brazo se le debe  
De don Juan la cabeza que pretendo;  
Hamet-bey de fanal sus velas mueve,  
Caracosa también le va siguiendo;  
Cambey, hijo del fuerte Barbarroja,  
Vencer piensa con estos sin congoja.

Malamur, en el mar diestro soldado,  
Gobernador del griego Metelino;  
Suleman, por su fama aventajado,  
Guider, que en Xio es capitán continuo;  
Probisaga y Damuz el renegado,  
Reul y Tamumbeyo el bisantino;  
Carabive y los hijos del primero  
Baja, con Masyamet, ayo severo.

Largo sería si de gentes tantas  
Refriese los nombres numerosos,  
No menos que contar todas las plantas  
De los bosques filipicos sombríos,  
O las estrellas que con luces santas  
A media noche dan rayos fogosos,  
O las ondas que el bravo mar de España  
Levanta cuando está en su furia y saña.

No están mas enjambradas ni mas llenas,  
En el fértil abril de año abundoso,  
Las dulces y frutíferas colmenas,  
Labrándose el licor almo y precioso,  
Que las pujantes velas agarenas  
Pobladas del ejército copioso,  
De bastimentos, armas municiones,  
Y de otras necesarias provisiones.

Bombas de fuego, máquinas terribles,  
De alquitran, que en el agua mas se enciende;  
Astras y flechas, llenas de empecibles  
Yerbas, cuyo veneno presto ofende;  
Arcabuces, mosquetes insufribles,  
Cañones, de quien nada se defiende;  
Y mucha confianza en la batalla,  
Que es la mayor ventaja que se halla.

Estando las armadas para embestir, hace cada general razonamiento á su gente. Comiénzase la memorable y espantosa batalla. Mueren don Bernardino de Cárdenas, Barbarigo y el conde de Briático, y suceden otros casos dignos de admiración, durando neutral el fin de la victoria.

¿Quién me dará la voz alta y facunda  
Y el término eficaz que se requiere  
Para cantar la guerra furibunda  
Cuyo conflicto ya los aires liere?  
Aquella vena Homérica bien funda  
De Frigia el fin, y su poder que muere;  
Maron con gracia idónea y exquisita  
Sigue sus pasos, y su estilo imita.

Estacio pinta á Téhas assolada,  
Y otros autores otras cosas tales,  
Y algunos, con industria celebrada,  
Otros sucesos bélicos navales;  
Mas en diversidad tan variada  
Pudo el ser los sujetos casi iguales  
Ofrecelle camino propio y cierto  
Para imitarse en frasis y concierto.

Yo, que sujeto nuevo y peregrino,  
Con menos suficiencia que osadia,  
Escribir en mis versos determino,  
¿Cómo podré llegar donde debria?  
¿A qué poeta griego ni latino  
Con apta imitación seguir podria,  
Si cada cual en arte me precede,  
Y el sujeto que trato al suyo excede?

Porque en la edad pasada no hay noticia  
De guerra ni conflicto semejante,  
Ni el ejercicio de naval milicia  
Pudo jamás estar tan adelante;  
Ni el temple, que el acero beneficia  
Hasta dalle fineza de diamante,  
Forjado habian diestros oficiales,  
Ni pólvora las furias infernales.

¿Oh caso memorable y espantoso,  
Que con aquellas armas insufribles,  
A cuyo efecto bravo y poderoso  
Se prostran las murallas mas terribles,  
Y el mas fuerte castillo, á que el peñoso  
Asiento daba fuerzas invencibles,  
Se venga á combatir en esta era  
Sobre frágiles casas de madera!

Ali-Baja la vista deseosa  
Fijó en las velas del cristiano atenta,  
Y dijo: «Pocas son; mas Caracosa  
Menor hizo la suma desta cuenta.  
Ea pues, gente mia valerosa,  
Tomad larga venganza desta afrenta,  
Que en nuestra casa están los temerarios;  
Mirad si quieren sernos tributarios.

«Del Gran Señor las fuerzas despreciando,  
Temidas con razón eternamente,  
La violencia dura contrastando  
Del reino instable y húmido tridente,  
Están nuestros umbrales inflamando  
Con osado raneor y altiva frente,  
Como si ya las huestes otomanas  
Se hubiesen convertido en sombras vanas.

«A tiempo somos pues acometidos,  
En que no quedaremos agraviados;  
La causa nos admite preferidos,  
Y el efecto nos llama mejorados;  
Sean hoy para siempre destruidos  
Estos cristianos mal aconsejados,  
Y pregone su misero suceso  
La grave culpa de tan vano exceso.

«Temerán sin remedio lo que osaron  
Cuando oprimidos por nosotros sean,  
Aborreciendo cuanto desearon,  
Y lo que sus bravatas acarrearon,  
Conocerán el precio á que compraron  
El breve confiar de que se arrearon  
Darles ha la experiencia de su daño  
El último castigo y desengaño.

«No se requiere fuerza de razones  
Para probar verdad tan eminente,  
Sobran las oratorias persuasiones  
Para animaros, turcos, brava gente;  
Pierde ocasion quien ama dilaciones,  
Que solo trae cabellos en la frente,  
Y si una vez mostró la calva esquiva,  
Es sorda, desdeñosa y fugitiva.

«La que habeis deseado está delante,  
Poniéndoos en las manos la victoria;  
Haced cómo la fama siempre cante  
De nuestras alabanzas la memoria;  
Y pues venir osaron á levante  
Aquestos que codician nombre y gloria,  
También se les conceda de atrevidos,  
Si á precio della osaren ser vencidos.

«Moved pues esos brazos esforzados,  
Y tomad posesion de aquella armada,  
Que aun no tiene don Juan tantos soldados  
Que ensangrentar podáis todos la espada;  
Partán y Luchali tiendan sus lados,  
Y cierren á cristianos la tornada;  
Que yo no temo en esta arremetida  
Otro daño mayor que su huida.»

En esto la batalla presentada  
Fué de un tronante tiro, y al momento  
Del católico bando confirmada,  
Respondiendo con dos al mismo intento.  
La gran virtud de Carlos celebrada,  
Y el mas que humano término y talento  
Que mostró la experiencia en tiempos tales,  
Hoy muestran en su hijo las señales.

Salta en un barco con alegre cara,  
Con ademán heróico y generoso,  
Como si por Madrid gallardo entrara,  
Ya del fiero enemigo victorioso,  
Por la armada discurre, y en voz clara  
Les habla, y en estilo tan sabroso,  
Que nunca Marco Tulio defendiendo,  
Tuvo tal eficacia persuadiendo.

«Si nuestra buena suerte conocemos,  
Caros amigos míos, les decia,  
La justísima causa que tenemos  
De cualquiera peligro nos desvia;  
Si ventura y descanso pretendemos,  
Si honra con provecho, hoy es el dia  
En que Dios con nosotros lo reparte;  
Hagamos lo que toca á nuestra parte.

«Hoy de los altos cielos la influencia  
Se muestra con aspecto á nos propicio;  
Hoy la divina, eterna Providencia  
Nos concede un inmenso beneficio;  
Suyo es el caso, suya es la pendencia;  
No es humana pasión ni otro artificio;  
La Iglesia santa en fe representamos,  
Y por Dios uno y trino peleamos.

«Y aunque este mar sagrado en lo profundo  
Depósito nos fuese y sepultura,  
Seria nuestra muerte invidia al mundo,  
Y vida á nuestras almas mas segura;  
Muestre pues cada cual pecho jocundo,  
Y sepa aprovechar la coyuntura,  
Que yo espero vencer, y no me obligo  
A mucho, pues tal gente está conmigo.»

Esta amonestacion, estas razones  
Hicieron tal efecto en los soldados,  
Que no les caben ya los corazones  
En los feroces pechos encerrados;  
Huye el récelo y vuélvense leones,  
De amor, fe y esperanza asegurados;  
Mas ¿quién al General entonces viera,  
Que ya por vencedor no se tuviera?

Que Pompeyo, presago de sus males,  
Causa fué en la farsálica caída  
Dando de sí tristísimas señales,  
Para quedar su gente destruida;  
Así que, deste ejemplo y otros tales  
Nos queda por verdad clara y sabida  
Que recambia el valor de solo uno  
Sobre el ánimo y ser de cada uno.

Estando las armadas ya vecinas,  
A un esclavo cristiano Ali pregunta:  
«¿Qué número de velas determinas  
Con insignia española en esta junta? —  
Noventa, dijo, cuento ponentinas.»  
Y el Bajá comenzó á perder la punta;  
La disimulación perdió la rienda,  
Aunque le cumple que esto no se entienda.

Dijo: «Si es vuestro día, y Dios lo quiere,  
El os le dé, captivos; mas yo os juro,  
Si fortuna el vencer me concediere,  
Que no os dará mas pena el remo duro,  
Ni el cómitre cruel que agora os hiere,  
Ni de Constantinopla el fuerte muro;  
Iros heis por albricias señaladas,  
Libres á vuestras casas deseadas.»

Así hablaba el General severo,  
Aunque en el rostro pena descubría,  
Que, despojado del color primero,  
Mortal amarillez en sí tenía.  
«Mahoma, agora, dice, es cuando quiero  
Que mires por tu honra y por la mía.  
¡Arma, soldados, arma; y vos, canalla,  
Arranca, hoga, aprieta á la batalla!»

La fiera tempestad y el son horrendo  
De las espesas balas y cañones  
Comienzan á tronar, y van creciendo  
Aprieta los nocivos turbiones;  
A todos ensordece un bravo estruendo;  
Los hechos valen ya, no las razones;  
El hondo mar, gimiendo, se estremece,  
El aire se condensa y oscurece.

No hay cosa en tal aprieto que no espante,  
Todo amenaza inevitable muerte;  
Que en una competencia tan pujante  
No puede haber lugar ni escudo fuerte;  
Solo el valor allí se ve constante  
De la virtud, que no se rinde á suerte,  
Y sabe despreciar, firme y segura,  
Los mudables efectos de ventura.

Cual Austro y Bóreas vienen á encontrarse  
En medio del invierno embravecido,  
Y trabajando, luchan por mezclarse,  
Ensordeciendo el mundo con ruido,  
Vinieron las armadas á tabarse,  
Y al pavoroso estruendo y alarido  
Estremeciéndose el centro y el altura,  
Y otro segundo caos lemió natura.

Porque los poderosos elementos,  
Bramando, pareció que se ofendieron,  
Y fuera de sus límites y asentios  
En nueva confusión se revolieron.  
¿Quién explicar podría los sangrientos  
Y espantosos estragos que se hicieron  
En poco mas espacio de un instante,  
Especial en la armada de levante?

Vengan aquí las guerras fabulosas,  
Trabadas entre dioses y gigantes,  
Las encantadas lanzas espantosas,  
A fuerza natural sobrepujantes,  
Y salgan las corazas escamosas  
Con los petos y escudos de diamantes,  
Y aquellas mismas armas que al Troyano  
Forjó la ardiente fragua de Vulcano.

Que otra batalla cierta aquí daremos  
Entre hombres, y con armas sin encanto,  
En la cual se verán cien mil extremos  
Que al mundo dejarán eterno espanto;  
Nueva gloria en vencer celebraremos,  
Si en verso ó prosa puede haber tanto,  
Una verdad purísima y sencilla,  
Que á ser ficción, aun fuera maravilla.

Del juego de la brava artillería  
A los turcos la pérdida tocaba,  
Porque en las galeazas tanta había,  
Que bien claro su efecto se mostraba,  
Y porque á nuestra armada en este día  
El ser bajas las proas le importaba,  
Y también porque quiso el otomano  
Ganarnos, como dicen, por la mano.

Y así, volaron por el aire abierto  
Algunos de sus tiros vanamente,  
Y otros, ejecutando el golpe incierto,  
Fueron de muy pequeño inconveniente;  
Mas, como del moral el fruto es cierto  
Todos los años infaliblemente,  
Porque mete sus flores y verdura  
Cuando el verano entrado le asegura;

Así de nuestro bando la prudencia  
Había en sus consejos prevenido  
Que, tardando en tirar con advertencia,  
No hubiese tiro vano ni perdido;  
Correspondió al intento la experiencia,  
Mas el turco soberbio y ofendido,  
De poderse vengar no desconfía,  
A las manos llegando en la porfía.

Después que de la pólvora humosa  
La niebla se ausentó y quedó esparcida,  
Luego la seña ronca desdeñosa  
Divulgó la sangrienta arremetida;  
La multitud de barbaros odiosa  
Grita con algazara desmedida;  
«Santiago» decían los cristianos,  
Y volando se llegan á las manos.

El general de España, deseando  
Tentar la mas difícil aventura,  
A la real turquesca iba buscando,  
La cual esto pretende, esto procura;  
Y no podrá fallalles cómo y cuándo  
Les dé el tiempo sazón y coyuntura;  
Que no hay mas fácil cosa que hallarse  
Dos que de veras tratan de buscarse.

Como tal vez caballos animosos  
Con las herradas uñas van midiendo  
Velozmente los sitios polvorosos,  
Sus dueños el peligro no sabiendo,  
Y al encuentro recíproco furiosos  
Llegan, los fuertes pechos deshaciendo;  
Así las dos galeras poderosas  
Terribles se embistieron y espantosas.

Al son de los clarines y trompetas  
Se embisten las demás embravecidas,  
Con la furia que suelen ir cometas,  
Dejando tras sí rayas encendidas;  
No pasan por el aire las saetas  
En curso mas veloz, siendo impelidas,  
Que cierran las armadas, de quien pende  
El bien y mal del hecho que se emprende.

Tal quiebra al embestir la palamenta,  
Y tal de las del turco, mal su grado,  
Siente en las obras vivas la violenta  
Furia del plomo y bierro salitrado,  
Y hace, cia, escurre, inquiere y tienta  
Remedios en su daño confirmado,  
Hasta que ya del mar deja vencerse,  
Y en breve espacio acaba de perderse.

Como toros valientes madrigados,  
Heridos de aquel mal que llaman celo,  
Suelen bramar por selvas y collados,  
Con las uñas rayendo el duro suelo;  
Y de su misma seña convocados,  
Vienen á la contienda sin recelo,  
Donde queda por guerra establecido  
Cual será vencedor y cual vencido;

Tal fué el reñido encuentro y fuerte saña  
Con que las dos reales se encontraron;  
Balas y flechas, golpes, fuerza y maña,  
Heridas, muertes y dolor causaron;  
Ciega y dudosa anduvo la maraña,  
En cada parte dieron y tomaron,  
Porque si treinta turcos perecian,  
Sesenta en su lugar sobrevenían.

Que estaban por la popa tres bajeles  
De nudosas escalas prevenidos,  
Sostiniendo escuadras infieles  
En lugar de los muertos y heridos;  
Y así, fueron los inclitos fieles  
Por una larga pieza resistidos,  
Entre suertes de guerra desiguales,  
Y el bravo resonar de los metales.

De fanal otros cuatro á los dos lados  
La turquesca real tambien tenía,  
Con la mayor braveza de soldados  
De todos los confines de Turquia;  
La de España tenía á los costados  
Del Papa y de la libre Señoría  
Las capitanas dos, donde el Venero  
Venía y el romano caballero.

Por popa estar se ven la capitana  
Del grave Requesenes, sabio y fuerte,  
Y la patrona, que de cortésana  
Gente poblada viene á probar suerte;  
La lid se aprieta aquí fiera, inhumana,  
El mar en roja sangre se convierte,  
Cual suele el Bétis con las grandes lluvias  
Enturbiar su cristal entre aguas lluvias.

De Cárdenas el buen don Bernardino,  
Ejemplo singular de caballeros,  
Andaba con esfuerzo peregrino,  
Queriendo en proa ser de los primeros,  
Cuando una bala por el aire vino  
A dalle los honores postrimeros;  
Tocó en la rodela, y aunque fuerte,  
No pudo serlo allí contra la muerte.

Mas no podrá su fuerza despojarle  
¡Oh perfecto español! de aquella vida  
Que debe el mundo para siempre darte,  
Digna de tu virtud esclarecida;  
La fama querrá obsequias celebrarte  
Por la deuda que tiene conocida  
A ti, que en su difícil aposento  
Compraste con tus obras alto asiento.

A ti, que, siendo rico y generoso,  
Y que de tu intencion por muchas vias  
Diste con larga prueba el valeroso  
Remate que á tu ser y á ti debias,  
Y ya en madura edad, cuando en reposo  
Lícita y justamente estar podias,  
Fuiste á bordar con sangre generosa  
La prosapia de Cárdenas famosa.

¡Oh invencible valor! Oh pecho fuerte!  
Espejo de verdad y de fineza,  
¡Cuanto pierde Castilla hoy en perderte!  
Cuánto pierde en perderte la nobleza!  
Mas pues muriendo triunfas de la muerte,  
Nadie debe por tí mostrar tristeza,  
Sino es tu mujer cara y hijas bellas,  
Por la gran falta que harás entre ellas.

Reposa en paz, trasunto peregrino,  
Que, pues de tí escribiendo se enoblece  
Mi estilo humilde, igualará al mas dino  
Que á par del tiempo dura y permanece;  
Tu nombre resonar se oirá continuo  
En cuanto el sol hermoso se parece,  
Y tendrá eternamente tu memoria  
Mil siglos invidiosos de tu gloria.

Ya todas las galeras abordadas  
Aquel naval conflicto acrecentaban,  
Y las feroces armas, intrincadas  
En sangre, de ambas partes se bañaban;  
Sonaba el golpear de las espadas,  
Los tiros espantosos no cesaban,  
Avivase el furor, la saña crece,  
Y Marte sin piedad se ensoberbece.

¿Quién al templado son de blanda lira,  
Puesto que fuese el del tracio Orfeo,  
Podrá á un tiempo cantar enojos, ira,  
Rabia, dolor, pesar, muerte y deseo,  
La maña, fuerza y lo demás que admira,  
Sobre el ceruleo reino de Nereo,  
Donde llenas de tales acidentales  
Se estaban oprimiendo tantas gentes?

Escudos, yelmos, astas va volcando  
El turbio lago en raudos remolinos;  
Quiébranse remos de uno y otro bando,  
De gruesas hayas y teosos pinos;  
El aire suena, en torno rebramando,  
Herido de fogosos torbellinos,  
Hierven las olas, cruje la madera,  
Y el horrible combate persevera.

Trabada estaba la cruel porfía,  
Y el discordo furor tan en su punto,  
Que andar sobre las aguas parecia  
En fiera lucha todo el mundo junto;  
El confuso ruido y vocería  
Se puede averiguar, que era un trasunto  
Del espantoso reino inexorable,  
Donde vive la muerte perdurable.

Con sus escuadras fuertes las reales  
Lo último hacían de potencia  
Por la victoria; pero están neutrales  
Los arduos fines, y ella en contingencia;  
Mas el de Santa-Cruz, viendo señales  
De estar en su vigor la turbulencia,  
Con el socorro acude y corre aprieta  
Donde mayor peligro se atraviesa.

Y así, al tiempo llegó que, rodeada  
La real de enemigos, sostenía  
Contienda desigual y porfiada,  
Sin un bajel que entoneces la embestia,  
Al cual por el través la Loba osada,  
Galera insignie en que el Marqués venía,  
La asalta poderosa, y de su intento  
La defraudó con pena y escarmento.

Apriétase de nuevo aquel conflicto;  
El mar brama, revuelto y conmovido,  
De balas vueltas un número infinito,  
Y de flechas exeso nunca oído;  
La bárbara nación, según su rito,  
Levanta al cielo el pérido alarido  
Que al enemigo flaco es espantoso  
En el marcial oficio sanguinoso.

Estando así la lid fiera, inhumana,  
Por el fogón á la real embiste  
Una galera turca capitana,  
Do la flor de gemizaros asiste;  
Mas don Pedro Zapata tanto afana  
En remediar allí, y tanto resiste,  
Que, como capitán diestro y valiente,  
Aseguró el peligro y accidente.

Tenia este lugar á su defensa  
Don Pedro en aquel trance cometido,  
Cuyo valor, cuya bondad dispensa  
El dalle el punto aquí que le es debido;  
Sucédele al revés de lo que piensa  
Al orgulloso turco y atrevido,  
Porque surtiendo en tanta fortaleza,  
Forzoso es que se rompa su braveza.

Algunos, por entrar aprieta, dieron  
En el undoso mar burlado salto,  
Heridos de tal suerte, que tuvieron  
A un tiempo fin sus vidas y el asalto;  
Muchos casos de fama sucedieron  
En medio de aquel recio sobresalto,  
Y el capitán Domingo, en tal estrago  
Fué mártir para turcos aciago;

Porque hizo soltar la artillería,  
Que á cargo suyo en la real estaba,  
Cinco veces en la áspera porfía,  
Facion que á nuestras cosas importaba;  
Mas tanta multitud sobrevenia,  
Que nuevo sucesor jamás faltaba  
En los muchos lugares que soldados  
Dejaban con morir desamparados.

Los arroyos de sangre que corrian  
Las aguas en color diferenciaban,  
Donde los cuerpos miseros habían  
La que por muchas partes derramaban;  
Armas defendían, armas ofendían,  
Y tan confusamente se mezclaban,  
Que algunos vivos se juzgaban muertos,  
Y otros muriendo estaban dello inciertos.

Tal del furioso tiro reservado  
Vió sus colaterales piezas hechos,  
Sangriento su vestido, y rucido  
Con sesos de los otros va deshechos;  
Y tal de sutil bala traspasado  
Por mitad del costado ó de los pechos,  
Aquel sano, por muerto se juzgaba,  
Y este muriendo, nunca lo pensaba.

Los unos por matar mueren contentos,  
Los otros por vencer darán la vida;  
Las ya cansadas fuerzas sin alientos  
Vuelve á corroborar ira encendida;  
Ansias, fatigas, penas ni tormentos,  
Calor, sed ni otra plaga allí es sentida:  
Tanto promete el fin de la victoria,  
Tanto puede el amor de fama y gloria.

¡Oh inmenso Dios, que cielo y tierra miras,  
Y todo está presente á tu presencia,  
Tus secretos escondes y retiras  
En tu divino ser y providencia!  
¿Cómo se aplacarán tamañas iras?  
¿Qué fin ha de tener tan gran pendencia,  
Pues parece que pende desta guerra  
El general dominio de la tierra?

¿Por ventura, Señor, querrás que sea  
Tu pueblo castigado y perseguido?  
¿Habrás por bien que el mal profeta vea  
El suyo en nuestra sangre ennoblecido?  
¿Permitirás que el bárbaro posea  
Los reinos que ha usurpado y adquirido,  
Y su poder ensanche y monarquía  
Con el principio alegre deste día?

La gloria de Israel fué destruida,  
Y el misero Saul, rey desdichado,  
De sí mismo verdugo y homicida,  
En Gelboe acabó desesperado;  
Los filisteos, gente descreída,  
Le dieron tan mal fin por el pecado  
Que hizo en dar la vida al grueso rey,  
Contra los estatutos de tu ley.

Porque Eli, sacerdote, era vicioso  
En no dar á sus hijos documento,  
Le ganó su enemigo victorioso  
El arca del divino testamento;  
Pues dime, Padre eterno piadoso,  
¿Ha de venir á tierra el fundamento  
De la Iglesia, que tanto ya quisiste,  
Y con tu mismo Hijo enriqueciste?

No lo consentas, Dios y Señor mío,  
Por la tu diestra mano poderosa,  
Pues tu logartemente, Quinto Pio,  
Con fe viva te sirve y religiosa;  
Mira del rey cristiano el albedrío  
Dedicado por tí en cualquiera cosa  
Al culto de tu ley y tu servicio,  
No olvides su devoto sacrificio.

David pudo, de tí favorecido,  
Tal gracia merecer por ser constante,  
Que salió vencedor esclarecido  
De la proterva vida del gigante;  
Y lo que una gran bueste había temido  
Emprendió solo y acabó triunfante,  
Con cinco piedras de que se previno,  
Invocando á tí, que eres uno y trino.

David es tu don Juan, y sus pisadas  
Sigue por ensalzar tu nombre santo;  
Selim, con manos impías y malvadas,  
Es gigante que al mundo pone espanto;  
Tres piedras son tres fuerzas colegadas;  
Dales tal preminencia y poder tanto,  
Que se extirpe y confunda desde luego  
El pérfido Alcoran del bando ciego.

Tal era pues la máquina importuna  
Con que la gran contienda se extendía,  
Que poder escapar persona alguna  
Aun el mas animoso no creía;  
El vario disponer de la fortuna  
Airado contra todos se ofrecía,  
De hierro, bronce, fuego y muerte armado,  
Y de espantosas ondas rodeado.

No pasará callando, ¡oh Barbarigo!  
El ardid poderoso que tuviste  
Contra Siroco el bravo, tu enemigo,  
Con quien cerca de tierra competiste;  
La vida le costó lidiar contigo,  
Con grande estrago que en su gente hiciste;  
Y tu escuadron, valiente en la porfia,  
Mostró bien que tu brazo le regia.

El hijo de Oria, que en naval gobierno  
Es igual al mayor de todo el mundo,  
Había extendido hácia el mar su cuerno  
Con discurso sagaz, alto y profundo;  
Porque el virey de Argel, furia de infierno,  
Que en maña no pensó tener segundo,  
Había á posta el suyo prolongado  
Para embestir con él por el costado.

Mas no mucho después, arremetiendo  
El Calabrés por medio del vacío  
Que el de Oria dejó, su cuerno abriendo,  
Pensó de paso ejecutar su brio;  
El Ginovés, con priesa revolviendo,  
Cierra con el turquesco poderío,  
Cumpliendo aquel proverbio, que ordinario,  
De cosario, decir suele, á cosario.

Era la hora que el mejor planeta  
Estaba en la mitad de su camino,  
Cuando entre las reales mas se aprieta  
Trabada lucha con furor sanguino;  
Los que profesan la burlada seta  
Y los que á Dios adoran uno y trino,  
Nunca el odio mortal y diferencia  
Mostraron con tan áspera pendencia.

Arriado al católico estandarte  
En la alta popa el buen don Juan estaba,  
Igual en todo al poderoso Marte,  
Como su clara sangre le obligaba,  
No cercado de muro ó baluarte,  
De hondo foso ó espaciosa cava,  
Antes sujeto al peligroso hado  
Del mas sin nombre y misero soldado.

Pero su corazón, de esfuerzo lleno,  
Desprecia el riesgo extraño y aventura,  
Y en su rostro se ve un cielo sereno,  
Que la victoria á todos asegura;  
Alí-Bajá tambien, de miedo ajeno,  
A su legislador promete y jura  
Edificar un templo y relicario  
Si le deja triunfar de su adversario.

Este fué el día verdaderamente  
Mas nuevo en todo á la memoria humana,  
Y donde se entendió mas evidente  
Del valor la ecelencia soberana;  
Dame el licor de tu castalia fuente,  
¡Oh gran Maestro de la ley cristiana!  
Para que saque deste mar profundo  
Los que hacer famosos debe el mundo.

¡Oh principe de Parma, cuán valiente  
De tu gran corazón prueba hacías!  
¿Cuán grave horror en la otomana gente  
Con obras inmortales infundías!  
Ninguno de los tuyos miedo siente;  
Porque, visto el denuedo que tenías,  
Lidaban ya con firme presupuesto  
De que el vencer estaba manifiesto.

¿Quién explicar podría del Urbino  
El inclito valor y fortaleza,  
Con que mostraba al bando sarracino  
De su familia antigua la nobleza?  
Y tú, Agustín, ingenio peregrino,  
Barbarigo, á quien dió naturaleza,  
Mas partes que estimar que vida larga,  
Pues ya la Parca en tí el golpe descarga;

No sientes el morir que flecha odiosa  
Te causa apriesa, ¡oh noble veneciano!  
Conhortado de ver que la dudosa  
Contienda va oprimiendo al otomano,  
Y en especial después que victoriosa  
Quedó la fuerza del poder cristiano,  
A cuyo precio por muy bien perdidas  
Afirmaste que dieras cien mil vidas.

Don Juan, preclaro nombre de Cardona,  
Que con su capitana el cuerpo cierra  
De la batalla, donde no perdona  
Al pasar Luchali, diestro en la guerra,  
Señaló heroicamente su persona  
Herido y maltratado, y aun destierra  
De sí cualquiera beneficio y cura  
Mientras está el vencer en aventura.

Si por industria y raro ardid no fuera,  
Segun fué con ventaja contrastado,  
Sin duda su bajel ya se rindiera  
A la furia cruel del renegado;  
Mas, como combata mas afuera  
De Alemania el Bailio, despechado  
De no tener lugar en aquel día  
Cerca de la real, como queria;

(Bien como, no pudiendo ser primero  
Toledo, que con Burgos pleito tiene,  
Por no serle segundo ni tercero,  
En Cortes desviarse conviene,  
Y juzga menor daño el ser postrero,  
Con que su pretension viva mantiene,  
Desta manera el inclito Bailio  
A tal sazón estaba en tal desvío.)

Fué el maltés estandarte conocido  
Del bravo y famosísimo cosario;  
Y así, fué de una escuadra acometido  
De seis galeras, desigual contrario;  
El bajel se defiende esclarecido,  
Con esfuerzo y valor extraordinario,  
Hallándose desotros rodeado,  
Cual de lobos novillo desmandado.

Comienzan helicosos instrumentos  
A combatir, y son tantos y tales,  
Que á un muro de fortísimos cimientos  
Hicieran fácilmente dar señales;  
Cañones lanzan rayos violentos,  
Fuegos llueven encima artificiales,  
Vuela sobre él espeso torbellino  
De balas, que se impiden el camino.

Quien vió toro feroz solemne día,  
Cercado de canalla yerta y ruda,  
Ser fatigado con tenaz porfia,  
Con palos, cantos y con punta aguda;  
Él, animoso y bravo, todavía  
Por hierros se entra y por vengarse suda;  
Así entienda que está la gente ilustre  
Dando á su religion corona y lustre.

Pudo el valor allí hacer su prueba  
Y sustentarse mucho en la defensa,  
Haciendo clara muestra, al mundo nueva,  
Y al bando descreído larga ofensa;  
Mas, aunque la razon el caso aprueba,  
Fortuna en tal milagro no dispensa,  
Y la fe que á atrevidos tiene dada,  
Con estos no la guarda, de espantada.

Aquí, de las heridas cediendo  
El numero á la cuenta de sus años,  
Estaba el de Briático, y moviendo  
A compasion los pechos mas extraños.  
¡Oh rigor de armas sin piedad, horrendo!  
¿A que se estienden tus enormes daños,  
Pues al que amaban Jupiter y Apolo  
Pudo privar de vida Marte solo!

Entran los ismaelitas la galera,  
O por mejor decir, su sepultura;  
Pues antes que del todo se rindiera  
Padecieron docientos muerte dura;  
Quien tantos enemigos dentro viera,  
Reuidida el alma á la region oscura,  
Llamara esta galera, aunque perdida,  
Dichosa vencedora, y no vencida.

Rota al fin de la fiera muchedumbre,  
Fuera de tres, no se escapó cristiano,  
Y aquel que de virtud tiene la cumbre,  
Cuyo nombre es Jofré Justiniano;  
El cual, viéndose puesto en servidumbre,  
Comenzó á repartir con larga mano  
Dinero entre los ceitas, porque fuese  
El precio de su vida el interese.

Y así, herido, preso y dádívoso,  
Con maña, para ser siempre loada,  
Sostuvo en aquel trance riguroso  
La vida, que es de todos tan amada,  
Hasta que con esfuerzo poderoso  
Esta galera fué recuperada,  
Y en un punto los turcos afligidos  
Se vieron vencedores y vencidos.

Fué caso nunca visto eternamente,  
Ver que sobre el ganarse una galera  
Muriese tanto número de gente,  
Y entre ellos tantos hombres de manera;  
Corre al sagrado mar roja corriente  
De sangre, que mezcló la guerra fiera,  
Sin que de division diese señales,  
Como en Tébas las llamas fraternales.

Por notoria verdad se entiende y sabe  
Que obró con su persona y compañía  
Esta restauracion Márcos de Isabe,  
Capitan de discurso y valentía;  
Navarra dél se precie y dél se alabe,  
Pues, cuando no ganara en este día  
Tanta reputacion, tal siempre ha sido,  
Que debe ser honrado y preferido.

Mas, por presto que fué de nuestra parte  
El religioso leño restaurado,  
Había el calabrés ya el estandarte  
De Malta al suyo con ardid pasado;  
Y porque, si contrario fuese Marte,  
Poder al retirarse ir disculpado,  
Reservó por testigos aquel día  
Dos cruces, en que el perro no creía.

Don Diego de Mendoza, puesto que era  
De aquella religion, no se hallaba  
A tal sazón presente en la galera  
Que ilustre monumento se mostraba;  
Porque iba en otra reforzada, que era  
De cuatro que regia y gobernaba,  
Haciéndose uno de los personajes  
Que en la sala están hoy de los linajes.

Con las obras, en fin, correspondiendo  
A la grandeza y ser de sus mayores,  
Que, del grave infantazgo duques siendo,  
Han sido en la virtud emperadores,  
Y vengando el ultraje bravo, horrendo,  
Que via en los demás comendadores,  
Hacia en los contrarios tal estrago,  
Que dellos baja al mar sangriento lago.

Marco Antonio Colona, acompañado  
De coloneses, inclitos romanos,  
Y fuertes caballeros, bando osado,  
Que militaban con napolitanos,  
Sostenia un combate porfiado  
De dos galeras grandes de otomanos,  
Haciendo al mundo ver por experiencia  
Del latino valor la alta ecelencia.

Lo cual ni mas ni menos confirmaba  
Paulo Jordan, león del nombre Ursino,  
Tanto, que al parecer, se renovaba  
La lid de sus mayores y el destino;  
¡Oh rigor de armas sin piedad, horrendo!  
Junto al gran Paulo, que herido estaba  
De un balazo, cayó Julio Naldino,  
El caballero Arige y el Espina,  
Y el noble Horacio, de la casa Ursina.

Aqueste muerto, aquellos mal heridos,  
Y Virgilio tambien del mismo nombre,  
A la immortalidad dejó ofrecidos  
Los despojos que á muerte debe el hombre;  
En medio destos impetus crecidos  
El Marqués, digno de especial renombre,  
Digo el de Santa-Cruz, hace por ella  
Que los contrarios tiemblen dél y della.

Don Agustín Mejía, que en belleza  
De tal, rostro, garbo y compostura  
Era el extremo, junto al de nobleza,  
De trato y condicion sincera y pura,  
Mostró del bravo Marte la fiera,  
Señalando en aquella coyuntura  
Su persona, que, en todo señalada,  
Es para ser temida y estimada.

Moria de los turcos entre tanto  
Gran número sin nombre conocido,  
En medio de aquel bélico quebranto  
Que fué de los del mundo el mas reñido;  
Cuando entre los genizaros un llanto  
Se oyó, y la causa dél fué haber perdido  
A Genizar-Agá, caudillo bravo;  
Dicese que le dió muerte un esclavo.

Dolió el trágico fin de aquel guerrero,  
Así porque era amado grandemente,  
Como porque se tuvo por agüero:  
Vicio común entre agarena gente.  
Dicen que allá en Bizancio un agorero  
Había afirmado resolutamente  
Que en este personaje consistía  
El bueno ó mal suceso de aquel día.

Mas ¡oh vana ambición, falible ciencia,  
Que las mas veces á hablar se atreve,  
Llena de ambigüedad y de apariencia,  
Porque cualquiera fin el vulgo apruebe!  
Si el viento, sin divina providencia,  
Del árbol una hoja nunca mueve,  
¿Por qué presume el hombre, vil gusano,  
De afirmar lo que está en divina mano?

Ibase dilatando aquel conflicto  
Con sangre de ambas partes derramada,  
Cuando con valor raro y exquisito  
Se mostraba el valiente Gil de Andrada;  
De tres galeras del poder maldito  
Su capitana estaba rodeada,  
Que, no solo se ocupa en su defensa,  
Mas hace en el contrario grande ofensa.

Vióse un ejemplo heroico y memorable  
En don Juan Ponce de Leon el fuerte,  
Y digno de que Córdoba del hable,  
Solenizando el hijo de alta suerte;  
Y fué que, habiendo con vigor notable  
Rendido muchos turcos á la muerte,  
De tres heridas bravas y mortales  
Estaba ya en los términos finales.

Haciendo de su esfuerzo todavía  
Prueba á costa y pesar de su enemigo,  
Y á toda la galera en que venía  
De su animoso pecho un buen testigo;  
Mas, visto que tal vida se perdía,  
Retiralle á curar quiso un amigo;  
El dijo: «El alma Dios lleve á su gloria,  
Que yo me sacrifico á la victoria».

Y prosiguió: «No es tiempo que heridas  
Duelan, sino el común riesgo y su daño;  
Pues no vencer, quedando con las vidas,  
Sería mayor muerte y mas engaño;  
De peces quiero yo que sean lamidas  
Cuando este cuerpo esté del alma extraño,  
Antes que, estando vivo, buscar cura,  
Perdiendo tiempo en esta coyuntura».

Tales palabras dice, y juntamente  
Hace el deber triunfando contra el hado,  
Hasta que de una bala el pecho ardiente  
Por junto al corazón fué traspasado;  
Y así partió el espíritu eceleste  
A buscar su lugar, por fe guiado:  
La invidia y compasión en esta muerte  
Litigan sin haber quién las concierte.

Mas la soberbia y arrogancia fiera  
De los turcos, en número pujantes,  
En su primero orgullo persevera,  
Aunque faltaban ya muchos turbantes;  
La autoridad católica y severa  
Hizo pruebas allí tan importantes  
Contra los obstinados mahometos,  
Como se entenderá por los efectos.

Como en las selvas suele el primer frío  
Del invierno abatir hojas á tierra,  
Cuando el tiempo contrario al seco estío  
Deslustra los matices de la sierra;  
Pudo de don Juan de Austria, señor mio,  
El bajel á los turcos hacer guerra;  
Y así, daban al mar los cuerpos muertos  
Y al infernal Pluton tributos ciertos.

Averiguada cosa es y sabida  
Que en tantos ministerios diferentes  
Como en los que consiste nuestra vida,  
Preside el corazón, y de sus fuentes  
Procede la virtud esclarecida  
Que hace osados brazos y valientes,  
Y que sin él, la fuerza y la destreza  
No merece llamarse fortaleza.

Así de aquel mancebo generoso,  
Ardiente corazón de aquella liga,  
Un vigor redundaba poderoso,  
Que se extendía por la gente amiga;  
Al esquiife el de Pliego valeroso  
Asiste, destrozando la enemiga,  
Zapata en el fogón, y por la proa  
Don Lope se ve estar de Figueroa;

A cuyos piés de bala traspasado,  
Cayó un soldado, en Málaga nacido,  
Que por su nombre Ortiz era llamado,  
Y por su esfuerzo para allí escogido;  
Don Lope mandó fuese retirado;  
Mas él, con ruego dijo encarecido:  
«Por Dios, valiente y sabio caballero,  
No me seáis en esto tan severo.»

«Antes mandad que yo arrojado sea  
Dentro de ese bajel fiero turquesco,  
Y que por sepultura le posea,  
Ya que entrar en él vivo no merezco;  
Yo moriré contento cuando vea  
Que con el peso y golpe alguno empeco,  
Ya que con estas manos lo prohibe  
La muerte, que en las suyas me recibe.»

#### CANTO XXIV.

Cuéntanse muchos casos dignos de memoria, y el glorioso suceso en favor de los cristianos: muere Ali-Baja y quedan sus hijos presos, sin infinito número de muertos y captivos. Y en efeto se concluye la mayor hazaña de mar que por escrito ni relación se halla en la memoria de los hombres.

Llévame, presuroso pensamiento,  
Sobre tus prestas alas levantado,  
Por medio del diáfano elemento  
A ver aquel conflicto porfiado;  
Para que eu cuanto abraza el firmamento  
Suene por mí en estilo celebrado,  
Que el tiempo no le gaste ni consuma,  
Si tanto prometer puede una pluma.

Aunque el sujeto grande de que escribo,  
Y el notable suceso de mi historia  
De siglo en siglo fuera siempre vivo,  
Sin que escritos hicieran del memoria,  
En todas las edades muy al vivo  
Resonaran los ecos de su gloria,  
Sin que por él algún ingenio humano  
En pluma ni pincel pusiera mano.

Y aquellos que después de nos nacieran,  
En todo el ancho globo de la tierra  
Como presente caso repitieran  
La importante victoria desta guerra,  
Y todos los afectos se movieran  
Con el precio que en sí tiene y encierra:  
Que este notable hecho sin segundo  
Sembró de miedo y de esperanza el mundo.

Los turcos temblarán con el sonido  
De nueva para ellos tan terrible,  
Y el católico gremio engrandecido,  
Estado esperará mas apacible;  
Que tú, claro don Juan, ejemplo has sido,  
Mostrándonos cómo eres invencible,  
Del derecho que lleva en las porfias  
Quién defiende la causa que seguías.

El bravo estruendo del horrendo Marte,  
El mar, la tierra, el aire engordecía;  
Haciendo cada cual de esfuerzo y arte  
Los mayores extremos que podía,  
La victoria neutral á cada parte  
Con dudosa esperanza sostenía;  
Cuando el hijo de Carlos eminente  
Así hablaba á Dios omnipotente:

«Padre del cielo, que eres buen testigo  
Del celo y prosupuesto de mi vida,  
Si quisieres en mí hacer castigo,  
Tu voluntad eterna sea cumplida;  
Mas no des el cuchillo á tu enemigo,  
Que está en su obstinación endurecida;  
Toma de mi venganza por tu mano,  
Sin hacer instrumento al otomano.»

«Y si para el servicio y gloria tuya  
Mi gente y yo permites que venzamos,  
Ten por bien que esta guerra se concluya,  
Pues eres la verdad que sustentamos,  
Y no consentias que el pagano arguya  
Contra la religión que profesamos,  
Diciendo: «¿Dónde estaba el dios de aquellos,  
Que no quiso venir á socorrerlos?»

Esto dicho, con ánimo espolea  
Los suyos al combate peligroso;  
Enciéndose de nuevo la pelea,  
Y crece el trato de armas poderoso;  
¿Quién hay entre los hombres que posea  
Animo tan feroz y escandaloso,  
Que al son terrible de un corrusco trueno  
Se halle de temor libre y ajeno,

Con ser verdad que el rayo acelerado,  
Rompiendo por lo flaco de la nube,  
Las mas veces por alto levantado  
A buscar su elemento propio sube;  
Y si alguno á bajar precipitado  
Hay que violentamente desennube,  
No puede á todo el mundo hacer guerra,  
Siendo tan ancho el globo de la tierra?

Pues ¿qué haría donde cada instante  
Mil y mil rayos contra cada uno  
Volaban con estruendo resonante  
Sin podelles dejar reparo alguno?  
Ya el sol se les quitaba de delante,  
Ya arder se vía el reino de Neptuno,  
Y ya del ejercicio violento  
Andaban todos casi sin aliento.

Quando la flor de España, pregonando  
A voces: «Santiago, fe y victoria!»  
En la real turquesca entró mostrando  
Aceros bravos, dignos de memoria;  
Tres veces hasta el árbol caminando  
Llegaron con virtud clara y notoria,  
Haciendo á pura fuerza de los brazos  
A muchos de los turcos mil pedazos.

Mas otras tantas veces les convino  
Hacia proa volver, aunque esgrimiendo  
Y á paso tardo, sin dejar continuo  
De estar matando aquí, y allí hiriendo;  
Ali-Baja, que ve su fin vecino,  
Desde el estantero sale corriendo,  
Y valiéndose á veces de las manos,  
Así dice á sus fuertes otomanos:

«¡Oh nación valerosa y escogida,  
Del Gran Señor escudos y vasallos!  
No os turbe de estos hombres la atrevida  
Furia, pues podeis della castigarlos;  
La ocasión de mas cerca ya os convida,  
Y aun fuerza á duramente contrastallos,  
Si vive entre vosotros todavía  
Aquella gran virtud que antes solía.»

«El remedio consiste en vuestras manos,  
Y en el vil miedo todo el daño vuestro;  
Acordaos cuántas veces los cristianos  
Han sido oprimos del linaje nuestro;  
No hagáis ¡oh Mahoma! que sean vanos  
Mis justos ruegos, pues tu gente adiestro.»  
Así el Bajá á los suyos animaba,  
Y valerosamente peleaba;

Quando cerca del árbol combatiendo  
Los nuestros y los suyos duramente,  
Sonaba de armas un confuso estruendo,  
Son de trompetas y clamor de gente;  
Ya de Cimoseco el artificio horrendo  
En esta parte usar no se consiente,  
Y así, se ven hazañas extremadas  
Que esculpen con sus filos las espadas.

Tal modo de lidiar no tiene duda  
Sino que es el crisol de valentía;  
Porque lo que pervierte, turba y muda  
La atroz y detestable artillería,  
No da lugar con su violencia cruda  
A veces al esfuerzo y gallardía;  
Ni debieran los hombres racionales  
Con armas ofenderse tan bestiales.

¡Oh cruel y estupendo sacrificio,  
Injuria grave de naturaleza,  
Infame ardid del hombre, pues tu oficio  
Se aventaja á los tigres en cruera!  
Espantable y pestífero artificio,  
Alferecia de la fortaleza,  
Eres, pólvora, tú, mal de los males,  
Hija de los abismos infernales.

Las flechas son tambien impropria cosa  
Sino es para herir salvajes fieras;  
La espada y lanza, en el que morir osa,  
Son las armas mejores para veras:  
Estas para ganar fama preciosa  
Son del hombre las armas verdaderas,  
Pues dan lugar á usar con mas certeza  
El ánimo, la fuerza y la destreza.

Con lo cual compitiendo todo junto  
La turquesca real, hecha estacada,  
Era de folla un hórrido trasunto  
Quando con mas furor está mezclada;  
No se pueden contar punto por punto  
Las circunstancias desta lid trabada,  
Ni aun los sucesos, trances ni fortunas;  
Mas brevedad dispense para algunas.

Un soldado feroz, de nación sardo,  
El cuerpo atravesó de un turco fiero,  
Con un arrojadizo y presto dardo,  
Como á conejo suele el ballestero;  
Mas el scita con ánimo gallardo  
Sobre el asta restriba, y va ligero  
A la venganza, y priva de la vida  
Al soldado que dél era homicida.

Dicese deste mismo, ¡oh caso horrible!  
Que ya cercano estando al trance fuerte,  
Sobre un cristiano se arrojó terrible,  
Que por muchas heridas sangre vierte;  
Al cual con boca inmundada, aborrecible,  
Los ojos sepultados ya en la muerte,  
Las llagas muerde, y con la fria boca  
Aquel cadáver misero provoca.

En esto el secretario Juan de Soto  
Cayó á los piés de su señor, de un tiro,  
Tal que juzgar pudiera mas de un voto  
Que habia dado el último suspiro,  
Y aun el caudillo, como le es devoto,  
Muestra el pesar que el memorable Giro  
Por Zopiro mostró cuando trocara  
La victoria porque él no le faltara.

Mas, como el golpe fuese en la celada,  
Que de una bien templada pasta era,  
Presto se levantó, y con voz osada  
Dijo: «A mas alto ser, ya muerto fuera.»  
En esto nuestra gente señalada  
Traía á mal andar la otra galera,  
Y el claro nombre de victoria suena,  
A pesar de la gente sarracena.

Ali-Baja, que tal suceso mira,  
Siente en el alma un áspero despecho,  
Brama como leon, gime y suspira,  
Animando su gente sin provecho;  
Un rabioso dolor, ardiendo en ira,  
Le rasga el corazón dentro del pecho;  
Color de sangre le salió á los ojos,  
Que testimonio fué de sus enojos.

Cualquiera de los males que sentía  
Le pusiera en las manos de la muerte,  
Si todos ellos juntos á porfía  
No lucharan por ver cual es mas fuerte;  
Mas, de la gente brava que venía  
Alguna espada habrá que los concierte,  
Y alabarase, al menos, deste aprieto,  
De que el saberse cual, será secreto.

Mueren junto al Bajá cada momento  
Muchos de los del bando mas lucido,  
Que dentro un largo número sin cuento  
Por segura defensa habia escogido;  
Caían sin cesar de ciento en ciento,  
Y él mismo andaba ya muy mal herido,  
Mordiéndose de rabia entrambos labios,  
Y diciendo á Mahoma mil agravios.